# CAPITULO XXXIV.

## Vida, virtudes y santa muerte del muy religioso P. Baltasar de Cervantes.

### § I

*Su entrada en la Compañía y grande ejemplo de virtud con que procedió en ella hasta ordenarse de Sacerdote.*

Nació el P. Baltasar de Cervantes en la Nueva España, en la ciudad de Oaxaca, de padres nobles, ricos y virtuosos que como tales criaron á su hijo, dando él muestras desde su tierna edad de mayor virtud, en particular de singular modestia, vergüenza y ejemplo de unas amables y loables costumbres. Aprendió allí la gramática, y llamándole Nuestro Señor desde esos tiernos años á la religión de la Compañía, y no teniendo más de 15 años de edad, le recibió en ella el Padre Maestro Pedro Díaz, que á la sazón era Provincial, y uno de los primeros Padres que con grandes resplandores de doctrina y santidad de vida fundaron esta provincia. En sus dos años de probación y noviciado le cupieron por Maestros los Padres Gregorio López y Martín Fernández, varones muy señalados en espíritu, los cuales, holgando de ver las medras espirituales con que procedía su novicio, su silencio, su humildad, su rendimiento y puntual observancia, su continua mortificación y abnegación de sí mismo, lo ponían por ejemplar y dechado que imitasen sus connovicios. Especialmente dió en ejercitarse en este tiempo en una mortificación para su edad dificultosa, que fué abstenerse de comer la fruta que en la mesa se ponía, y reparándolo un su compañero que estaba á su lado, y preguntándole una vez por qué no comía de la tan apetitosa que tenía delante, disimulando su mortificación, le respondió con gracia: que el gusto de comerla estaba sólo en el corto y pequeño espacio del paladar, y que luego al punto se pasaba, y que para él sólo esta consideración le bastaba, para no dársele nada de esta ni de otras frutas. Y no sólo en este tiempo se ejercitaba en la mortificación de la comida, sino que maceraba la delicadeza de su cuerpo con repetidas disciplinas, con ásperos cilicios, con la dura cama, durmiendo, en cuanto le daban licencia los Superiores, muchas veces sobre solas tablas, hallando en esta mortificación mayor regalo que el que antes tenía en casa de sus padres.

Acabado su noviciado el Hermano Baltasar, le envió la obediencia á nuestro Seminario para que aprendiese letras humanas, en que salió aventajado, teniendo por Maestro al que fué eminente en letras sagradas y escritura divina, P. Agustín Cano, y porque al Hermano con el aprovechamiento de las letras no le faltase el ejercicio de la mortificación y humillación, le mandaron que con otro condiscípulo suyo bajase á la clase donde se lee retórica á los estudiantes de fuera, haciéndose niños, y como que iba allí para aprenderlas, el que podía y tenía suficiencia para ser Maestro de ella. Y porque pasase adelante el ejercicio de mortificación, aunque estaba ya el Hermano tan suficiente y apto para emplearse en estudios mayores, dilatándoselos fué enviado de los Superiores á nuestro Colegio de Valladolid en Michoacán, para que allí leyese la gramática á los estudiantes de aquel Obispado. Y en todos estos ministerios siempre resplandecía el Hermano Baltasar en un mismo tenor de virtud y religiosa observancia, y de la misma suerte procedió después en sus estudios de Artes y Teología, en que salió tan aventajado que se le encargó el acto público de esta facultad de todo el día, que salió muy lucido y con aplauso general de todos.



En el tiempo de estos estudios, porque no le faltasen al Hermano Cervantes el ejercicio de caridad y mortificación á que él siempre con mucho gusto se aplicaba, sucedió que un religioso nuestro perdió el juicio, y como falto de él y encerrado, era necesario que otro cuidase de todo lo que hubiese menester el que estaba dementado, este oficio se le encargó al Hermano Cervantes, el cual ejercitaba con tanta caridad y humildad, que le servía en las cosas más humildes y asquerosas, no sólo cuidando de su comida, sino de su aseo y limpieza, sin perdonar á trabajo porque no padeciese su enfermo. Otra mortificación en que también se ejercitaba el Hermano en este tiempo era, en acudir á la cocina á fregar todo el cobre que en esta oficina sirve, porque estando en ella solo un Hermano con necesidad de ayuda, y habiendo ordenado el Superior que cada día se señalase uno de los nuestros estudiantes que le ayudasen, el Hermano Cervantes, que siempre andaba buscando ocasiones en que se humillase y mortificase, daba por obligación de aliviar del trabajo á los demás sus Hermanos, y no sólo acudía á este oficio el día que le cabía, sino que pedía á los que se seguían que le dejasen á él acudir á ese ejercicio, que él lo tomaba á su cargo, y así lo hacía, hasta que sabiéndolo el Superior ordenó que sacada la vez que le cabía al Hermano Cervantes, dejase que acudiesen los demás á ese ejercicio como se fuesen siguiendo. Y porque digamos todas las virtudes que resplandecían en este religioso Hermano nuestro por este tiempo y toda la vida, resplandeció en él un tan extraordinario encogimiento y recogimiento, que á algunos les parecía demasía, aunque á la verdad él procuraba no ser ofensivo ni faltar á la caridad con sus Hermanos; habíale Nuestro Señor dotado, entre otros dones naturales, de una voz tan suave y destreza en el canto, que todos deseaban oirle, y si el Superior alguna vez en día de recreación le mandaba que cantase algún salmo ó cosa devota, él se turbaba y acortaba tanto, que se le echaba de ver en el rostro, y así los de casa, para gozar de la suavidad de su voz en tiempo de las vacaciones que iban al campo, aguardaban á que el Hermano Cervantes, como lo acostumbraba, se retirase debajo de algún árbol, y siguiéndole los pasos sin que él lo sintiese, se ponían en lugar donde le oyesen cantar algunos salmos, que eso era en lo que él empleaba su devoción y suavidad de voz de que Dios le había dotado. Y habiendo concluido con sus estudios el Hermano Cervantes, con los grandes aprovechamientos en letras que quedan referidos, y lo que más es, adornado de virtudes muy religiosas, para que no le faltara nada para ser instrumento apto para los empleos de su profesión é Instituto, aprendió la lengua mexicana para poder ayudar á las almas de los pobres indios.

§ II

*Ministerios en que la santa obediencia ocupó al P. Baltasar Cervantes, después de ordenado de Sacerdote.*

En habiéndose ordenado de Sacerdote este siervo de Dios, tenía talentos para ocuparse en Ministerios de mucho lustre, con todo, la santa obediencia le destinó á las Misiones de las naciones bárbaras de Sinaloa, para que en este apostólico empleo ejercitase su vocación y el fervor de su caridad y celo de la salvación de las almas. Con mucho gusto aceptó esta obediencia y caminó las trescientas leguas que hay de México á Sinaloa, y con tanta incomodidad de tan largo y trabajoso camino, en el cual se supo habían padecido él y otro Padre que iba en su compañía muy grandes trabajos y necesidades, sin hallar paraje algunas veces donde tomar alguna refección corporal ni posada. Y es cierto que el P. Cervantes con su raro encogimiento hizo más trabajoso este viaje, porque no se atrevía á pedir algún socorro adonde llegaban por no haber posadas ni ventas en este camino, sino muy pobres poblaciones de indios. Llegado á Sinaloa, no fueron menores los trabajos que con mucho gusto de su espíritu mortificado padeció, pasándose sólo con maíz y tasajos, y tan necesitado de vestido que le sucedió algún tiempo pasar mucha pobreza interior, con una pobre sotana, hasta que le dieron unos calzones de sayal basto, con que pasó el siervo de Dios, aunque con mucho silencio y no poco trabajo. A este añadió luego el de aprender de nuevo una de aquellas lenguas bárbaras para poder mejor doctrinar á aquellos pobrecitos, como lo hizo con mucha caridad por tiempo de siete años. Habiendo trabajado todo el tiempo en este apostólico Ministerio en la Provincia de Sinaloa, con el ejemplo de religión que en todas partes había dado, lo llamó á México el Padre Provincial Rodrigo de Cabredo, para que en nuestro Colegio leyese un curso de Artes, el cual aceptó y leyó con tanto aplauso, que juzgaron haber sido el más florido de aquellos tiempos en el aprovechamiento, de suerte que los lucidos estudiantes que sacó, después ocuparon los mejores puestos de letras, así en Catedrales como en cátedras y cancillerías de este Reino. Después de haber leido el curso, pareció á los Superiores que fuese á la ciudad de Oaxaca, patria suya, para que aquella república gozase de la doctrina del que reconocía por hijo. Y aunque para el empleo de la predicación tenía el Padre muy aventajado talento y grandes partes, con todo, como humilde y que muy poco se pagaba de sí mismo, propuso á los Superiores razones que á él le parecía hacían mucha fuerza para que se le eximiese de este Ministerio, aunque los demás las juzgaban por casi paradoja. Pero al fin, por ser más humilde el Ministerio de los indios, se aplicó en Oaxaca á predicar en la lengua mexicana á los naturales en un pueblo cercano á la ciudad llamado Jalatlaco, donde los de la Compañía aún no eran curas. Tenía una capaz Iglesia á la cual algunos días entre año acudía, y muy en especial los viernes de Cuaresma, á confesar y predicar á los indios. Después de esto, en el Colegio y pueblo de Tepotzotlán donde está nuestro noviciado y también es pueblo de indios, á estos ayudaba con notable caridad el P. Baltasar, y á los novicios con su grande religión les era ejemplo de religiosa observancia. De aquí le sacó la santa obediencia para que leyese la cátedra de vísperas de Teología en el Colegio de San Ildefonso de la Puebla, donde le regaló Nuestro Señor (como suele á sus escogidos) con un tan grave accidente en las piernas, que estuvieron ya los instrumentos prevenidos para cortárselas; pero fué su Majestad servido de mejorarle de estos achaques y librarle de este peligro. Sólo dos años leyó el P. Baltasar de Cervantes Teología en este nuevo Colegio, porque sus achaques eran tan repetidos y tan poca la inclinación que tenía á puestos y ocupaciones de lustre, que hubieron de concederle que dejase la cátedra. Pero aquí y después en Guadalajara por su mucha opinión de letras era consultado de los Sres. D. Alonso de la Mota y Escobar, Obispo de la Puebla, y D. Leonel de Cervantes, Obispo de Guadalajara, pues apenas estos Prelados determinaban cosa sin la dirección y consejo del P. Baltasar de Cervantes; tanta era la opinión que tenían de sus muchas letras. Y de verdad, aunque en todas fué señalado sujeto, en especial en materias morales fué uno de los aventajados que ha tenido esta Provincia. Pasados algunos años, como el Padre era varón tan consumado en doctrina y espíritu, le trajeron los Superiores al Colegio de México, por Prefecto de él y confesor de los de casa, para que enseñase á nuestros Hermanos estudiantes el verdadero espíritu de la Compañía. El cual oficio ejercitó por algunos años con la mucha edificación y satisfacción con que había ejercitado los demás en otras partes.



§ III

*Virtudes muy señaladas del P. Baltasar de Cervantes.*

Muy señaladas fueron las virtudes en que este muy religioso Padre uniformemente resplandeció por todo el discurso de su vida, así en el Colegio de México como en todos los demás de la Provincia donde estuvo, y dignas para nuestra edificación de hacer aquí memoria de las con que dotó Dios á este su siervo, que comenzando por la de su humildad, fundamento de todas ellas, ésta fué profundísima en el P. Cervantes, de que era indicio grande la cortesía que guardaba, no sólo con los Padres Sacerdotes, sino aun con los Hermanos estudiantes y coadjutores; saliendo con ellos hasta el cuarto, cuando alguno le iba á visitar á su aposento, y cuando algún estudiante de los nuestros tenía algún acto público literario, él mismo en persona iba á congratularse de que hubiera salido tan bueno. Llevado de esta misma humildad, á veces hacía y decía algunas cosas que parecían menos á propósito, á fin de que lo tuviesen por menos prudente y no le encargasen oficio de Superior, como alguna vez él lo significó á Padres á quienes con familiaridad trataba; aunque por más que él se encubría, pero su mucha religión y letras manifestaban su mucha capacidad para gobierno; y unos meses que tuvo á su cargo el Colegio de Pátzcuaro, atendió con mucha caridad á las necesidades de sus súbditos, en especial á los enfermos á quienes visitaba y acudía á su regalo, con unas entrañas de verdadero Padre.

Sobre este fundamento de la humildad, asentaron las demás virtu-

des religiosas de este siervo de Dios: una extremada pobreza, una puntual obediencia, una pureza angélica. Era tan extremado en la pobreza religiosa, que para dar un pliego de papel pedía licencia; las alhajas de su aposento fueron tan pocas y tan pobres, que fuera de los libros de que usaba con licencia, que nunca fueron muchos, no se hallaba en su aposento más adorno que una pobre imagen de papel, y en un pobre lienzo pintada la Imagen de nuestro Padre San Ignacio, sin velo ni marco. Ninguno de sus discípulos (que fueron muchos ricos) ni de sus parientes, pudieron alcanzar de él que recibiese cosa alguna de comodidad y regalo, ni otras personas que le consultaban casos de conciencia, pudieron recabar de él que recibiese dinero que le ofrecían para lo que hubiese menester, ni otra cosa alguna, en señal de agradecimiento. Dándole un Superior unos medios tomines que tuviese en su aposento para que diese á un mozo que le acudía cuando estaba enfermo, no vino en ello, diciendo con gran rendimiento al Superior: «que lo que no había tenido en su vida no era justo que lo tuviese al fin de ella, cuando en lo último había de atender á lo fino de la pobreza.» Tan delicada tenía su conciencia en puntos y materias de esta virtud, ajustándose á lo que pide nuestro santo P. Ignacio á sus hijos, de que amen como á firme muro de la religión, á la santa pobreza. No fué menos perfecta su obediencia, porque toda su vida la tuvo por norte de sus acciones, dejándose gobernar de la voluntad de los Superiores, la cual para él era tanto más gustosa, cuanto las ocupaciones en que le ponían eran más humildes y que más repugnaban á la naturaleza, porque como verdadero humilde, esas eran las que abrazaba con mayor alegría, sin repugnancias ni contradicciones algunas. De su castidad se pudo decir con verdad que imitó á la angélica, pues guardó toda su vida la entereza y pureza virginal, sin haber tenido en materia de tan delicada virtud el más pequeño desmán que la mancillara; porque conociendo el muy recatado Padre que la blancura de la pureza necesita de fuertes amparos, él puso á su castidad tres valientes guardas para su defensa. La primera, fué el recogimiento de sus sentidos en que era extremado, teniendo siempre los ojos fijos en el suelo, el no dar oídos á cosa que pudiese mancillar el candor de un ánimo puro; la templanza en su comida, que era tal, que algunos días se pasaba sin comer manjar alguno. La otra guarda fué un singular y notable recato. Sucedió una vez, estando enfermo, que un muchacho que le servía en su prolija enfermedad, le viese uno de los pies desnudo, lo cual le afligió tanto, que no se pudo aquietar hasta que se lo dijo á su confesor. Y este mismo recato mostró el mismo día que murió, pues estándole administrando el sacramento de la Extremaunción y habiéndole de ungir en los dos pies, dijo que bastaba el uno, y él mismo se sentó en la cama y descubrió con sus manos el pie, y luego que se lo hubieron ungido le volvió á cubrir con presteza. La tercera guarda que puso á su pureza extremada, fué una vergüenza y encogimiento tan grande, que algunos juzgaban por demasía, porque de cualquiera cosa, por leve que fuese, que no dijese con aquel grande encogimiento que él traía, se le sonrosaban las mejillas y rostro. Tres fueron los asaltos que el enemigo envidioso de la pureza de este fiel siervo de Dios le dió en el discurso de su vida, por medio de otras tantas mujeres ricas, de buen parecer y aun principales en el siglo; las cuales, instigadas de su apetito y afición desordenada,



pretendieron mancillar la preciosa joya de su castidad, y atropellando con respetos divinos y humanos, le declararon su depravada voluntad y ruines intentos; pero revestido aquí el Padre de un divino celo, habiéndolas reprendido severamente su atrevimiento, las que estaban perdidas de su apetito, las ganó para Dios, porque mudaron de vida y de costumbres, y vivieron con más cuidado de su salvación de allí en adelante. También ayudó mucho á este siervo de Dios para conservar intacta esta pureza, la penitencia y ayunos con que traía rendidos sus apetitos, siendo puntualísimo en los ayunos del sábado, vísperas de la Virgen y de Cristo Nuestro Señor, y sus cilicios eran continuos, sin jamás dispensar en la disciplina, que según su fervor tenía señaladas cada semana.

## § IV

### *Enfermedades que padeció el P. Cervantes y su dichoso tránsito.*

Coronó todas sus virtudes el P. Baltasar de Cervantes con retiro singular en su aposento, en particular los dos postreros años de su vida, en que viviendo totalmente despegado de la comunicación de los hombres, se entregaba todo á Dios, atendiendo con gran puntualidad á los ejercicios espirituales de oración, rezo divino y devociones de rosario de la Virgen, y otras particulares á que acudía con notable aplicación y devoción intensa, y si algún tiempo le sobraba, ese lo empleaba en el estudio de las divinas letras, en que tenía muy particular consuelo, y si los achaques le hubieran dado lugar, ó la vida se le hubiera dilatado, tenía dispuestos algunos tomos que sacar á luz, que sin duda fueran de cosas muy selectas y singulares, en todas ciencias y materias. Pero Nuestro Señor, con su altísima providencia, para acrisolarle más y darle materia de mayor reconocimiento, le envió tanta multitud de achaques y complicadas enfermedades, por el discurso de 2 años y 9 meses que fueron los últimos de su santa vida, que se vió obligado al retiro de su aposento, con tanto extremo y rigor, que apenas se pudiera creer sino de los que lo vieron y vivían en aquel Colegio; porque pedía que los de casa se excusasen de visitarle si no fuesen los Superiores, con cuyas solas visitas se hallaba consolado, y á quienes no se podía negar. Fué este retiro tan grande, que apenas en casa se sabía si vivía el P. Cervantes, contento con el trato á solas y unión con Dios Nuestro Señor. En todo este tiempo hasta que llegó el día de su santa muerte, las enfermedades que le molestaban eran muchas: rigurosos dolores de orina, punzadas acerbísimas por todo el cuerpo, sin poder á veces moverse á parte alguna, sin que de nuevo se le renovase un muy agudo dolor, unos vahidos de cabeza que le derribaban de su estado; los ardores de los pies eran de tal calidad, que le obligaban algunas veces á ponerlos descalzos en el frío suelo, las calenturas eran continuas, y los pujamientos de sangre tan continuos en el Padre en los 2 años y 9 meses, que en este tiempo se vió obligado el médico á sangrarle unas sesenta veces, el cual, por haber sido su discípulo en Artes, le curaba con singular voluntad y cuidado; la desgana de comer era tanta, que se pasaba algunos días sin probar bocado, y para avivarle algún apetito, era menester usar

de varios medios, porque en nada hallaba gusto y todo le era penalidad. Pero lo que era de mucha edificación en este religiosísimo Padre, era, que en medio de tanto padecer, siempre estaba con gran conformidad y resignación en la divina voluntad; y así, llevaba sus enfermedades, achaques y tormentos con grande valor, como regalos que Nuestro Señor le enviaba, para que se dispusiese á su cercana muerte. Hacíalo así, confesándose todos los días y aun dos veces cada día, no hallando el confesor materia de que poder absolverle. Cada día oía Misa, aunque algunas veces era casi menester llevarle en brazos, y recibía el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, aunque veía le costaba mucho trabajo el salir de su aposento. Y aun el mismo día que murió, que fué día de la Visitación de la Virgen Santísima, oyó Misa desde una de las tribunas que caen á nuestra Iglesia. Sintiéndose luego por la tarde muy malo, llamado el médico le mandó dar luego el sacramento de la Extremaunción, y que después de ella le diesen una copiosa sangría, que era el remedio único con que más se solía aliviar en sus enfermedades. Pero como el cuerpo estaba adolorido y exhausto, y el crecimiento de la calentura era tan grande, queriendo Dios que descansase de tan continuos y prolijos trabajos, repetidos dolores y enfermedades gravísimas, y que este descanso fuese el día de la fiesta de la Purísima Virgen, á quien el Padre desde que tuvo uso de razón se mostró afectuosísimo devoto y tuvo por Madre, se lo llevó para sí á las diez de la noche, dando su alma en manos del Señor, que tan de su mano siempre le había tenido y enriquecido con tantos dones de religión y virtud y ejemplo. Y no podemos negar los que vimos y tratamos muchos años á este gran siervo de Dios, que su profunda humildad, su pronta obediencia, su extremada pobreza, su pureza angélica, su severa mortificación y su continuada observancia, le hicieron ejemplar y dechado de toda virtud. Murió en el Señor el año de 1649, y de 70 de edad; los 55 de Compañía y los 37 de profesión de cuatro votos. Está enterrado en nuestro Colegio de México, en donde vivió algunos años y remató el curso de su vida y feliz muerte.

# LIBRO SÉPTIMO

**de la historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España, en que se trata de fundaciones de Colegios que desde el año de 1580 hasta el de 1589, fuera de México, en otros lugares y ciudades del Reino se fundaron.**

## CAPITULO I.

### Del principio que tuvo la fundación del Colegio y noviciado en el pueblo de Tepotzotlán.

Habiendo escrito de las insignes fundaciones de casas y Colegios que Dios Nuestro Señor por su infinita Bondad y con su altísima Providencia, y para mucha gloria de su santísimo nombre, dispuso que fundasen en la insigne ciudad de México, y los abundantísimos frutos que con la ayuda de su divina gracia por medio de esas fundaciones se han cogido, y las vidas de los esclarecidos varones que en tan insignes obras se emplearon, tiempo es ya para que saliendo con el discurso de nuestra historia de esta ciudad, discurramos por otros lugares y ciudades de este amplísimo Reino, en las cuales también ha fundado Colegios la Compañía, y veamos y manifestemos para gloria del mismo Señor lo que los hijos de ella con su divino favor han obrado por medio de sus Ministerios. Y damos principio á las fundaciones de que escribimos en este séptimo libro, por la del Colegio y noviciado del pueblo de Tepotzotlán, porque fué uno de los primeros puestos donde hicieron asiento y comunicaron su doctrina los primeros Padres que fundaron esta Provincia.

El Colegio que hoy tiene la Compañía de Jesús en el pueblo de indios llamado Tepotzotlán, es uno de los principales y más necesarios